

pretensiones que hacía pensar en una de esas parteras cuya educación se hubiese formado en los gabinetes de lectura. La vizcondesa de Percemur contemplaba desde su altura á aquellas



dos mujeres como si su « pata blanca » sintiese repugnancia de tocar aquellas manos vulgares.

Clotilde estaba envuelta en encajes y ya al franquear la puerta de la escalera, dirigió un cumplido á Magdalena:

— Hija mía, tu comida ha sido una cosa perfecta. De aquí á un poco tiempo vas á tener el primer salón político de París.

Y así que se encontró sola con Jorge le estrechó entre sus brazos.

— ¡Oh! querido mío, cada día te amo más.

El coche que los conducía rodaba lentamente como pudiera hacerlo un navío.

— Nuestra habitación vale mucho más que esto, dijo ella.

— ¡Oh, sí! respondió Du Roy, pero en aquel momento pensaba en M<sup>me</sup> Walter.



## IV

La plaza de la Trinidad estaba casi desierta bajo aquel brillante sol de julio. Un calor pesado aplastaba á París, como si de allá, de lo alto cayese sobre la ciudad un aire entorpecido y ardiente, un aire espeso y abrasador que hacía daño en el pecho.

Las fuentes que delante de la iglesia rematan el elegante jardinillo, corrían escasamente, como si ellas también estuviesen cansadas y flojas, y el líquido del estanque en el que flotaban hojas de árboles y trocitos de papel aparecía algo verdoso, espeso y glauco.

Por encima del reborde de piedra un perro había saltado y se bañaba en aquella onda dudosa, y unas cuantas personas que había sentadas en los bancos del pequeño *square* que circunda la portada, miraban al animal con envidia.

Du Roy consultó su reloj. Todavía no eran más que las tres. Tenía treinta minutos por delante.

Pensando en aquella cita Du Roy no podía dominar la tentación de reír : « Las iglesias, se decía, son buenas para todos los usos. Ellas la consuelan de haberse casado con un judío; en el mundo político la sirven como de protesta, le comunican un cierto tono *comme il faut* en el mundo distinguido y, por último, son un excelente abrigo para sus aventuras galantes. ¡Lo que es la costumbre de servirse de la religión lo mismo que de una antucá! Si hace buen tiempo, es un bastón; si el sol molesta sirve de sombrilla; si llueve, de paraguas y si no se sale de casa se la deja en la antesala. Y entre las mujeres hay cientos como ésta á quienes Dios les importa lo mismo que una guinda, pero que no consienten que de El se hable mal y le toman como alcahuete cuando la ocasión se presenta. Si se les ofreciera entrar en una casa de citas, encontrarían que era una infamia y en cambio les parece la cosa más sencilla jugar al amor al pie de los altares. »

Jorge paseaba lentamente á lo largo del estanque y de nuevo miró la hora en el reloj de la iglesia que avanzaba dos minutos del suyo. Marcaba las tres y cinco.

Entonces pensó en que mejor haría entrando en la iglesia y entró.

Una agradable frescura de cueva le rodeó en seguida, y Du Roy la aspiró con delicia, dando luego la vuelta á la nave para hacerse bien cargo del sitio.

Otro ruido de pasos, regular aunque interrumpido á veces, respondía en el fondo del espacioso monumento á los pasos de Du Roy que se elevaban sonoros bajo la alta bóveda. La curiosidad le picó de conocer á aquel

otro paseante y le buscó. Era un señor grueso y calvo que marchaba contemplando la arquitectura del templo, con el sombrero detrás de la espalda.

De uno en otro altar una vieja iba rezando arrodillada y se cubría el rostro con las manos.

Una impresión de soledad, de desierto, de reposo se apoderaba del espíritu. La luz con los diversos matices que las vidrieras le prestaban resultaba agradable á la vista, y Jorge encontró que allí dentro se estaba admirablemente. Volvióse luego hacia la puerta y de nuevo consultó su reloj. Todavía no eran más que las tres y quince. Se sentó, pues, á la entrada de la nave principal y se lamentó de que allí no se pudiese fumar un cigarrillo. Al otro extremo de la iglesia, cerca del coro, oíase siempre el pasear lento del señor grueso.

Alguien entraba en aquel momento y Du Roy se volvió bruscamente. Era una mujer del pueblo vestida con una falda de lana, una pobre mujer que cayó de hinojos cerca de la primera silla y permaneció inmóvil, cruzadas las manos, con la mirada en el cielo y con el espíritu sublimado en la oración.

Du Roy la miraba con interés preguntándose qué disgustos, qué pesares, qué desesperación podían torturar aquel corazón ínfimo. Era visible que moría de miseria. Tal vez tenía un marido que la mataba á golpes, tal vez un hijo que se la moría.

Mentalmente murmuraba :

« ¡ Pobres gentes, y cuántas hay sin embargo que sufren! »

Un sentimiento de cólera le asaltó entonces contra la despiadada naturaleza. Luego reflexionó que aquellos indigentes creían al menos que se ocupaban de ellos allá arriba y que su estado civil se encontraba inscrito

en los registros del cielo con el balance del Debe y del Haber.

— ¡ Allá arriba! ¿ Dónde?

Y Du Roy, á quien el silencio de la iglesia convidaba á soñar filosóficamente, juzgó la creación con un solo pensamiento, y sin abrir apenas los labios exclamó :

— ¡ Pero qué tonto es todo esto!

Un ruido de faldas le hizo estremecer. Era ella.

Du Roy se levantó y se adelantó vivamente. M<sup>me</sup> Walter no le alargó la mano y en voz baja murmuró :

— Sólo dispongo de algunos instantes, es necesario que me vuelva á casa. Arroddílese junto á mí á fin de no ser observados.

La señora se adelantó por la gran nave buscando un sitio conveniente y seguro como mujer conocedora de la casa. Llevaba cubierta la cara por un espeso velo y andaba con un paso sordo que apenas si se oía.

Cuando llegó cerca del coro se volvió hacia Jorge y cuchicheó con ese tono siempre misterioso con que se habla en las iglesias :

— Vale más que estemos en una de las naves laterales. Esto está muy á la vista.

Saludó al Tabernáculo del altar mayor con una grande inclinación de cabeza reforzada por una ligera reverencia, volvió á la derecha, retrocedió un poco hacia la entrada y por último, como quien toma una resolución, se apoderó de un reclinatorio y se puso de rodillas.

Jorge se posesionó de otro y así que estuvieron inmóviles y en actitud de orar, él comenzó á hablarla :

— Gracias, gracias, cuánto la adoro á Vd. Quisiera decirselo todos los días, referirla cómo he comenzado á amarla, cómo quedé seducido ya desde la

primera vez que la ví... ¿ No me permitirá Vd. un día vaciar mi corazón, expresarla todo lo que siento ?

Ella le escuchaba en una actitud de meditación profunda y como si no hubiese oído una sola palabra. Luego le respondió por entre los dedos :

— Soy una verdadera loca dejándole á Vd. hablarme así, una loca por haber venido, una loca al hacer lo que hago y al dejarle creer que esta... esta... esta aventura puede continuar. Olvide todo esto, es necesario, y no vuelva jamás á hablarme.

La mujer esperó. Jorge buscaba una respuesta, palabras decisivas, apasionadas, pero como no podía unir el movimiento á la palabra su acción se encontraba paralizada.

— Yo nada espero... no esperonada. Solamente la digo

que la amo y que, aunque haga lo que quiera, se lo repetiré con tanta frecuencia, con tanta fuerza y con tanta pasión que Vd. concluirá por comprenderlo. Quiero hacer penetrar en Vd. mi ternura, derramarla en su alma, palabra por palabra, hora por hora y día



por día, de manera que al fin la impregne como un licor que cayese gota á gota, que al fin la ablande y la dulcifique y la obligue más tarde á responderme: « Yo también le amo. »

Du Roy sentía el hombro de ella temblar contra el suyo y veía cómo palpitaba su garganta:

— Yo también amo á Vd., balbuceó ella rápidamente.

El joven experimentó un sobresalto como si su cabeza hubiese sufrido un rudo golpe y suspiró:

— ¡ Oh! ¡ Dios mío!...

— ¿ Acaso debiera yo confesárselo? continuó ella con voz jadeante. Me considero culpable y digna de desprecio... yo... que tengo dos hijas... pero no puedo... no puedo... Jamás hubiera yo creído... jamás, jamás... pero es superior á mí... más fuerte que yo... Escuche... escuche... yo no he amado jamás á nadie... á nadie más que á Vd... se lo juro. Y desde hace un año que le amo en secreto, en el secreto de mi corazón... ¡ oh! he sufrido, he luchado, pero no puedo más... le amo á Vd...

Y con las manos cruzadas delante de la cara lloraba y todo su cuerpo se estremecía sacudido por la violencia de la emoción.

— Déme la mano, quiero tocarla, quiero estrecharla... murmuró Jorge.

Lentamente ella retiró una mano de su cara y Du Roy contempló entonces toda su mejilla mojada y vió una gota de agua presta á caer todavía al borde de las pestañas.

El joven había tomado aquella mano y la estrechaba:

— ¡ Oh, cómo quisiera beber esas lágrimas!

Con voz muy baja y quebrantada hasta parecer un gemido, M<sup>me</sup> Walter le respondía:

— No abuse de mi situación... me encuentro perdida...

Du Roy sintió deseos de reír. ¿ Cómo habría abusado de ella en aquel sitio? Y como estaba en vena de frases apasionadas, puso sobre su corazón la mano que tenía y preguntó:

— ¿ Le siente Vd. latir?

Pero desde hacía unos instantes el paso lento y regular del otro visitante se aproximaba. Había dado la vuelta á los altares y volvía á bajar, por la segunda vez cuando menos, la pequeña nave de la derecha. Cuando M<sup>me</sup> Walter le oyó cerca del pilar que la ocultaba separó los dedos de la presión de Jorge y se cubrió de nuevo la cara.

Así permanecieron ambos inmóviles y arrodillados como si juntos hubiesen dirigido al cielo súplicas ardientes. El señor grueso pasó junto á ellos, les echó una mirada indiferente y se alejó hacia la entrada de la iglesia llevando siempre á la espalda el sombrero.

Pero Du Roy que pensaba en obtener una cita en otra parte que en la Trinidad, murmuró:

— ¿ Dónde la veré á Vd. mañana?

Ella no le respondió. Parecía como inanimada, convertida en estatua de la Oración.

— ¿ Quiere Vd., insistió Du Roy, que la espere en el Parque Monceau?

M<sup>me</sup> Walter volvió hacia él su semblante de nuevo descubierto, un semblante lívido, contraído por un sufrimiento horroroso, y con voz entrecortada le dijo:

— Déjeme... déjeme ahora... váyase... váyase... solamente cinco minutos... sufro mucho, mucho cerca de Vd... quiero orar... yo no puedo... váyase... déjeme orar... sola... cinco minutos... yo no puedo...

déjeme implorar de Dios... que me perdone... que me salve... déjeme... cinco minutos...

Su semblante aparecía de tal suerte transfigurado, con una expresión tan dolorosa, que Du Roy se levantó sin decir una palabra y, después de una ligera vacilación, preguntó :

— ¿ Vuelvo en seguida ?

M<sup>me</sup> Walter hizo con la cabeza un signo que quería decir : « Sí, en seguida » y él entonces subió de nuevo hacia el coro.

La dama hizo un esfuerzo de invocación sobrehumano para orar, para llamar á Dios y con el cuerpo vibrante y el alma desatinada y loca exclamó : « Piedad » dirigiéndose hacia el cielo la mirada.

Al mismo tiempo cerró los ojos con rabia para no ver al que acababa de marcharse, le expulsaba de su pensamiento, forcejeaba contra él, pero en lugar de la aparición celeste que en el desaliento de su alma se prometía, se le presentaba siempre el bigote rizado del joven.

Desde hacía un año que luchaba de la misma manera todos los días, todas las noches, contra aquella obsesión agrandada de día en día, contra aquella imagen que frecuentaba sus ensueños y su carne y perturbaba sus noches. Se sentía trabada, como se traba á una bestia, ligada, arrojada en los brazos de aquel macho que la había vencido, que la había conquistado nada más que con el pelo de su labio y el color de sus ojos.

Y ahora en aquella iglesia, cerca de Dios, se sentía más débil, más abandonada, más perdida aún que en su propia casa. No podía orar más, no podía pensar en otra cosa que en él y ahora sufría de que él se hubiese alejado. Sin embargo luchaba como una desesperada,

se defendía, y con toda la fuerza de su alma llamaba á socorro. Mejor hubiera querido morir que caer de aquel modo, ella que jamás había desfallecido. Y ahora murmuraba frases conmovedoras de súplica, pero al mismo tiempo oía el paso de Jorge debilitarse en lo lejano de las bóvedas.

Entonces comprendió que todo había concluído, que la lucha era inútil. No obstante se resistía á ceder y de pronto se sintió sobrecogida por una de esas crisis nerviosas que hacen á las mujeres estremecerse y gritar y retorcerse por el suelo. Todos sus miembros temblaban y sentía que iba á caer, á rodar entre las sillas lanzando agudos gritos.

Como en aquel momento se acercaba alguien de prisa, volvió la cabeza y vió un sacerdote. Entonces se levantó rápidamente, corrió hacia él tendiéndole las dos manos y balbuceó : « ¡ Sálveme, sálveme ! »

El sacerdote se detuvo sorprendido :

— ¿ Qué es lo que desea, señora ?

— Que Vd. me salve, padre; si Vd. no acude en mi auxilio, me veo perdida. Tenga piedad de mí.

— ¿ Qué puedo hacer por Vd. ? volvió á decir el sacerdote mirándola y preguntándose si no sería una loca.

Era un hombre joven, alto y un poco grueso, con carrillos repletos y colgantes que resultaban á causa de la barba, cuidadosamente afeitada, con un ligero tinte negro. Un hermoso ejemplar de vicario de villa, con ejercicio en un barrio opulento y habituado á oír á penitentes ricos.

— Óigame en confesión, padre, aconséjeme, sosténgame y dígame lo que debo hacer.

— Señora, respondió el sacerdote : todos los sábados de tres á seis me tiene á su disposición.

M<sup>me</sup> Walter le había tomado del brazo y se le estrechaba repitiendo :



— No, no, no, en seguida, en seguida, es preciso. Él está aquí, en esta misma iglesia y me espera.

— ¿Quién la espera á Vd. ? preguntó el sacerdote.

— Un hombre... que me va á perder... que se apoderará de mí si Vd. no me salva... No puedo evitarle... soy demasiado débil, demasiado débil... tan débil... tan débil...

Sollozando se arrojó á sus rodillas :

— ¡ Oh ! padre mío, tenga piedad de mí, sálveme en nombre de Dios, sálveme !...

Ahora le tenía sujeto por la sotana á fin de que no pudiera escaparse, en tanto que él inquieto miraba á todos lados por ver si alguna mirada malévola ó devota contemplaba aquella mujer postrada á sus pies.

Comprendiendo al fin que no podría escaparse, la dijo :

— Está bien, señora, levántese ; justamente tengo la llave del confesonario.

Y escarbando en el bolsillo sacó un llavero provisto de llaves, eligió después una y con paso rápido se dirigió hacia esas pequeñas chozas de madera, especie de cajas para la basura de las almas, en donde los creyentes vacían sus pecados.

El sacerdote entró por la puerta de enmedio, la cual cerró detrás de él, y M<sup>me</sup> Walter que se había prosternado al pie de la estrecha jaula de al lado, balbuceó con fervor y con un transporte apasionado de esperanza :

— Bendígame, padre mío, porque he pecado...

Du Roy, que había dado la vuelta al coro, descendía la nave de la izquierda y llegaba al medio cuando encontró al señor grueso y calvo, siempre con su paso tranquilo, y se preguntó :

— ¿ Qué es lo que puede hacer aquí este ciudadano ?

También el paseante había retardado su paso y miraba á Jorge con visible deseo de dirigirle la palabra.

Así que estuvo bastante cerca le saludó con una inclinación de cabeza y comenzó por excusarse :

— Perdóneme, caballero, si le molestó, pero ¿podría Vd. decirme en qué época fué construido este monumento?

— Á decir verdad no estoy muy enterado, creo que hará veinte ó veinticinco años. Por otra parte es la primera vez que entro en esta iglesia.

— Lo mismo me sucede á mí. Nunca la había visto.

El periodista, entonces, repuso un tanto movido de curiosidad :

— Por lo que veo Vd. la visita con la mayor atención y como estudiándola en sus detalles.

El otro respondió resignado :

— No es que la visito, caballero, sino que mi mujer me ha dado cita aquí y por cierto se retrasa bastante.

Luego se calló, y después de unos cuantos segundos dijo :

— Fuera hace un calor extraordinario.

Du Roy le examinaba contemplando aquella cabeza digna de estudio y de pronto creyó encontrarle alguna semejanza con Forestier.

— ¿Es Vd. de provincias? le dijo.

— Sí, señor, de Rennes. Y Vd., señor, ¿tal vez por simple curiosidad ha entrado á ver esta iglesia?

— No, yo espero á una mujer.

Y después de saludar á su interlocutor el periodista se alejó con la sonrisa en los labios.

Al acercarse á la puerta principal vió á la cuitada dama siempre de rodillas y orando siempre.

— ¡Caramba con su invocación si es obstinada! se dijo. Pero sin sentir la menor emoción, ni compadecerla.

Despacito se puso á subir la nave de la derecha para encontrarse con M<sup>me</sup> Walter.

Como de lejos acechaba el sitio en que la había dejado, se extrañó de no verla, y creyendo haberse equivocado de pilar llegó hasta el último. Volvió de nuevo en seguida. ¡Se habría marchado! pensó sorprendido y furioso. Entonces se imaginó que ella le buscaba y nuevamente dió la vuelta á la iglesia, y como no lograba encontrarla se dirigió á la silla donde antes estuvo sentada y la ocupó á su vez confiado en que allí se verían.

Á los pocos momentos, un ligero murmullo de voz despertó su atención. En aquel rincón de la iglesia no había visto á nadie. ¿De dónde salía aquel cuchicheo? Se levantó para verlo y entonces vió en la capilla inmediata las puertas del confesonario. De una de ellas salía un extremo de falda que arrastraba por el suelo. Du Roy se acercó para examinar á la señora, y la reconoció. ¡Se estaba confesando!

Sintió un violento deseo de tomarla por los hombros y arrancarla de aquella caja : « ¡Bah! pensó, este es el turno del cura, mañana será el mío. »

Y se sentó tranquilamente en frente de las taquillas de la penitencia, esperando su hora y riendo ahora de la aventura.

Así esperó bastante tiempo, hasta que al fin M<sup>me</sup> Walter se levantó, se volvió hacia donde él estaba y al verle se acercó :

— Caballero, le dijo, le ruego que no me acompañe, que no me siga, y que no vuelva más á mi casa solo. No sería Vd. recibido. ¡Adiós!

Y se alejó con actitud serena y digna.

Du Roy la dejó alejarse porque tenía como regla de conducta no forzar jamás los acontecimientos. Después

al ver al clérigo salir un tanto turbado de su reducto, se fué derecho á él y, mirándole fijamente, le gruñó en sus mismas barbas :

— Como no llevara Vd. faldas, vaya un par de bofetadas que se ganaba Vd. en ese hocico cochino que tiene.

Luego giró sobre sus talones y salió de la iglesia silbando.

Al salir, Du Roy se encontró de pie y á la puerta de la iglesia al señor grueso, el cual con el sombrero, esta vez puesto, y con las manos á la espalda, recorría con la vista cansado ya de esperar, la extensa plaza de la Trinidad y todas las calles confluentes.

Al pasar junto á él ambos se saludaron.

El periodista que ahora se encontraba libre, se dirigió á *La Vida Francesa*. Desde que entró comprendió que algo anormal pasaba allí á juzgar por la cara de atareados que tenían los mozos de la redacción, y bruscamente se dirigió al despacho del director.

El viejo Walter dictaba de pie y nervioso un artículo por frases entrecortadas y entre dos apartes daba instrucciones á los repórters que le rodeaban, hacía algunas recomendaciones á Boisrenard y abría cartas á él dirigidas.

Cuando Du Roy entró el director lanzó una exclamación de júbilo.

— ¡Oh qué fortuna! ¡aquí está el Buen Mozo!

De pronto se detuvo y un poco confuso se excusó :

— Pido á Vd. perdón por haberle llamado así, me encuentro aturdido en estos momentos, y además en mi casa no oigo otra cosa desde por la mañana hasta por anoche que « el Buen Mozo », como le llaman á Vd. mi mujer y mis hijas, y he concluído yo también por

tomar la costumbre. ¿Supongo que no me guardará Vd. rencor?

— Qué disparate, decía Jorge riendo. Ese sobre nombre no tiene nada que pueda disgustarme.

— Perfectamente. Entonces yo le bautizo con ese nombre como todo el mundo. Ahora vamos á otra cosa. Tenemos grandes acontecimientos. El ministerio ha caído en una votación por trescientos diez votos contra ciento dos. Nuestras vacaciones se aplazan todavía hasta las calendas griegas y henos aquí á 28 de julio ya. España se incomoda por los asuntos de Marruecos y eso es lo que ha echado abajo á Durand de l'Aisne y á sus acólitos. Estamos metidos en harina hasta el cuello. Marrot ha sido encargado de formar ministerio. Ha designado al general Boutin d'Acre para Guerra y á nuestro amigo Laroche-Mathieu para Negocios Extranjeros. Él se queda con la cartera de Interior y con la presidencia del consejo. Vamos á ser un periódico oficioso. En este momento hago el primer fondo, una simple declaración de principios trazando á los ministros el camino que deben seguir.

El buenazo del hombre sonrió y prosiguió luego :

— Se entiende que el camino que ellos se proponen seguir. Pero me haría falta alguna cosa interesante acerca de la cuestión de Marruecos, algo de actualidad, una crónica de efecto, de sensación, yo no sé, algo así. Usted me lo encontrará.

Du Roy reflexionó un segundo y respondió en seguida :

— Yo tengo lo que Vd. necesita. Le haré un estudio sobre la situación política de toda nuestra colonia africana con la regencia de Túnez á la izquierda, la Argelia en medio y Marruecos á la derecha, la historia de las razas que pueblan ese gran territorio y el relato



de una excursión por la frontera marroquí hasta el gran oasis de Figuig en donde ningún europeo ha penetrado y que es la causa del conflicto actual. ¿ Le conviene á Vd.?

— ¡ Admirable! gritó el viejo Walter. ¿ Y qué título?

— De Túnez á Tánger.

— Soberbio.

Y Du Roy se fué en seguida á hojear en la colección de *La Vida Francesa* para buscar su primer artículo: « Recuerdos de un cazador de África », el cual modificado, bautizado de nuevo y arreglado convenientemente se acomodaría perfectamente desde el principio al fin, pues en él se trataba de política colonial, de la población argelina y de una excursión por la provincia de Orán.

En tres cuartos de hora la cosa quedó compuesta, remendada y á punto, y con un sabor de actualidad y alabanzas para el nuevo ministerio.

Cuando el director leyó el artículo declaró:

— Es una cosa perfecta... enteramente perfecta. Es Vd. un hombre precioso. Mi felicitación más cumplida.

Du Roy entró aquel día en su casa encantado de la jornada, no obstante el fracaso de la Trinidad, pues sabía bien que tenía ganada la partida.

Su mujer le esperaba nerviosa y febril. Así que le vió, gritó:

— ¿ Sabes que Laroche es ministro de Negocios Extranjeros.?

— Sí, precisamente acabo de hacer un artículo sobre Argelia con ese motivo.

— ¿ Cuál, pues?

— Tú le conoces, el primero que hicimos juntos « Recuerdos de un cazador de África », pero revisado y corregido de conformidad con las circunstancias.

Magdalena sonrió.

— ¡ Ah sí! se acomoda muy bien, en efecto.

Luego, y después de haber pensado algunos instantes, agregó Magdalena:

— Y pienso en la continuación que debías haber hecho entonces y que se quedó... en el camino. Ahora podemos ponernos á trabajar. Eso nos proporcionará una bonita serie muy oportuna en estos momentos.

Du Roy respondió mientras se sentaba delante de su plato de sopa servido ya en la mesa:

— Perfectamente. No hay dificultad ninguna ahora que el cornudo de Forestier no puede impedirlo.

Magdalena replicó vivamente con un tono seco y como mujer herida:

— Esa broma es de muy mal gusto y es preciso que concluya, te lo ruego. Dura ya demasiado tiempo.

Du Roy iba á responder con ironía, pero en aquel instante le entregaron un despacho sin firma y con esta sola frase:

« Había perdido la cabeza. Perdóneme y vaya mañana á las cuatro al Parque Monceau. » Jorge comprendió y, con el corazón rebosando de júbilo, dijo á su mujer mientras deslizaba el papel azul en su bolsillo:

— No lo haré más, querida mía. Es verdaderamente tonto. Lo reconozco.

Y comenzó á comer, en tanto que con la imaginación repetía aquellas cuantas palabras del telegrama: « Había perdido la cabeza, perdóneme y vaya mañana á las cuatro al Parque Monceau ». Luego ella cedía. Aquello quería decir: « Me rindo, soy tuya, donde quieras y cuando quieras. »

De pronto se echó á reír.

— ¿Qué es lo que te causa risa? preguntó Magdalena.

— Poca cosa. Me acuerdo de un clérigo á quien he encontrado al venir y que tenía una cara que ni pintada para la caricatura.

Du Roy llegó justamente á la hora de la cita al día siguiente. Todos los bancos del parque estaban ocupa-



dos por gente burguesa, á la que el calor abrumaba, y por domésticas indolentes y perezosas, que parecían dormir en tanto que los niños confiados á su custodia rodaban por la arena de las calles del jardín.

M<sup>me</sup> Walter se hallaba cerca de la pequeña y antigua ruina en donde corre una fuentecilla, entretenida en dar la vuelta al estrecho circo de columnatas y con aire de inquieta y desgraciada.

Inmediatamente que Du Roy la vió se acercó para saludarla.

— ¡Cuánta gente hay en este jardín! dijo ella.

— En efecto, dijo Du Roy aprovechando la ocasión. ¿Quiere Vd. venir á otra parte?

— ¿Y dónde?

— No importa dónde. Tomaremos un coche, por ejemplo. Usted baja la cortinilla de su lado y nadie absolutamente podrá verla.

— Sí, sí. Mejor quiero eso. Aquí me muero de miedo.

— Pues bien, de aquí á cinco minutos Vd. me encontrará en la puerta que da al bulevar exterior. Yo llegaré con un coche.

Y Du Roy se alejó corriendo. Así que ella se unió á él y que hubo cubierto la ventanilla con la cortina, le preguntó.

— ¿Á dónde ha dicho Vd. al cochero que nos lleve?

— No se ocupe Vd. de nada. Él está al corriente.

Jorge había dado al cochero su dirección de la calle de Constantinopla.

— No puede Vd. figurarse, volvió á decir M<sup>me</sup> Walter, cómo sufro i causa de Vd. y cómo estoy de atormentada y torturada. Ayer he estado dura en la iglesia, pero yo quería hacerle huir á toda costa. Tengo tanto miedo de encontrarme sola con Vd. ¿Me lo ha perdonado?

El periodista le estrechaba las manos :

— ¡Quién lo duda! Qué es lo que no la perdonaría amándola como la amo.

M<sup>me</sup> Walter le miraba con aire suplicante :

— Escuche, es preciso prometerme que me respetará... que no... que no... de otro modo ya no volvería á verle.

Du Roy no respondió en el primer momento. Bajo su rizado bigote tenía una sonrisa que perturbaba á las mujeres :

— Soy su esclavo, concluyó por decir en voz baja.

Entonces ella se puso á referirle cómo se había hecho cargo de que le amaba cuando supo que iba á casarse con Magdalena Forestier, y le daba detalles de fechas y de cosas íntimas.

De repente quedó callada. El coche acababa de parar.

Al abrir Du Roy la portezuela, preguntó ella:

— ¿Dónde estamos?

— Baje y entre en esta casa. Aquí estaremos más tranquilos.

— ¿Pero dónde nos encontramos?

— En mi casa. Es mi vivienda de soltero que la he vuelto á tomar... por algunos días... á fin de tener un rincón donde pudiésemos vernos.

M<sup>me</sup> Walter se mantenía agarrada á la almohadilla del coche, espantándose á la idea de aquel *tête à tête* que iba á tener con Jorge.

— No, no, no quiero, no quiero, balbuceaba.

— La juro á Vd. que la respetaré, dijo Du Roy con voz enérgica. Bájese, Vd. comprende que se nos mira y que se va á reunir gente en torno nuestro. Bájese pronto... baje... La juro á Vd. respetarla, repeta.

Un tabernero que estaba á la puerta de su establecimiento, los miraba con curiosidad.

Ella entonces se vió dominada por un gran terror y se lanzó á la casa. Ya iba á subir la escalera, pero Jorge la detuvo por el brazo.

— Es aquí en el piso bajo.

Apenas cerrada la puerta, el periodista se apoderó de ella como de una presa. La señora Walter forcejeaba, luchaba y decía tartamudeando:

— ¡Oh, Dios mío... Dios mío!

Él la besaba el cuello, los ojos y los labios con transporte, sin que ella pudiese evitar sus caricias furiosas y aun rechazándole y aun evitando la boca le devolvía á pesar suyo los besos.

De pronto dejó de defenderse y, vencida, resignada,

se dejó desnudar por él. Du Roy separaba una á una con destreza y celeridad todas las prendas de su vestido



y con igual delicadeza que lo hubiera hecho una doncella de servicio.

M<sup>me</sup> Walter le había arrebatado de las manos el corpiño para ocultar su cara dentro y permanecía de pie blanquísima, en medio de todas sus faldas caídas en desorden.

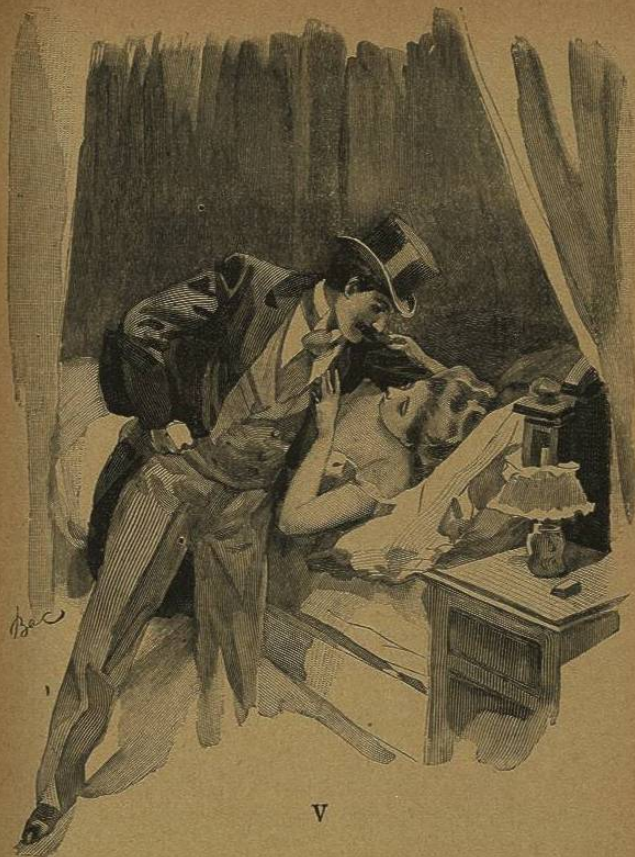
Du Roy la dejó sus botinas y la trasladó en sus brazos á la cama. Ella entonces le murmuró al oído con voz entrecortada :

— Le juro... le juro... que jamás he tenido ningún amante.

Como una joven hubiera podido decir :

— Le juro que soy virgen.

— He ahí una cosa, decía para sí Du Roy, de las que me tienen sin cuidado.



V

Había llegado el otoño. Los Du Roy habían pasado en París todo el verano sosteniendo una campaña enérgica en *La Vida Francesa* en favor del nuevo gabinete durante las cortas vacaciones de la Cámara de diputados, y aunque acababa de comenzar octubre, ambas Cámaras se disponían á reanudar sus sesiones, pues los